

Arquitectura de una Novela Política

Fernando Herrera
Jubilado, UNA
vidaverdad04@gmail.com

Resumen

Este ensayo aborda desde una óptica integral -lo biográfico, político, literario y social-, la novela más importante de Costa Rica en la primera mitad del siglo XX. Y la más polémica, también. De acuerdo con el autor, circunstancias políticas mediaron en la descalificación de Mamita Yunai, de Carlos Luis Fallas, por el jurado costarricense en el concurso internacional Farrar y Rinehart en 1940. Por fortuna, o mejor: por justicia, la obra se convierte, posteriormente, en un clásico de la literatura costarricense. Los elementos biográficos ayudan al crítico a comprender la obra, el momento histórico y al escritor, todo entrelazado, complementándose con el análisis de la estructura de la novela (su arquitectura), puntualizando en las ediciones de 1941, la primera en Costa Rica, y la de 1957, la mexicana, ofreciendo las razones, y las sinrazones, políticas para invalidar el carácter de "obra no inédita" argüida por los miembros del jurado.

Abstract

The Construction of a Political Novel

Fernando Herrera

This article analyzes the most controversial Costa Rican novel from an overall-political, biographic, literary and social- view in mid twentieth century. At that moment Costa Rican political issues interfered in Calufa's participation in the international contest "Farrar y Rinehart" in 1940. Nevertheless, this book becomes a masterpiece in Costa Rican literature afterwards. Biographic aspects as well as a contemporary structure guide the reader through historical contexts that remark the importance of Mamita Yunai and invalid the malicious political actions against the writer during the twentieth century.

PALABRAS CLAVE:

Costa Rica, Literatura, Narrativa, novela, generación de 1940, Mamita Yunai, Talamanca.

KEY WORDS:

Costa Rica, literature, novel, 1940 generation, Mamita Yunai, Talamanca.

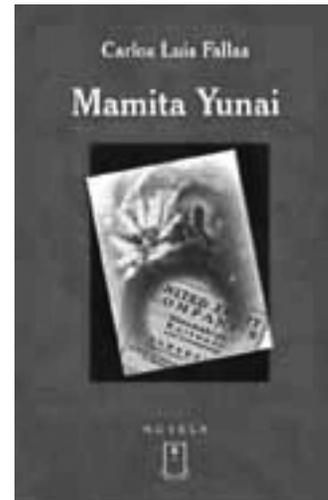
1. CARLOS LUIS FALLAS (CALUFA)

En uno de los cuentos de Manuel González Zeledón, "Para justicias, el tiempo", sucede algo extraordinario: un niño menor de diez años mueve cielo y tierra para asistir al circo Ciarini que llegó a Costa Rica allá por el año 1872. Aquel chiquillo ilusionado ocupa un lugar inmejorable en la gradería, desde temprano, después de ingentes esfuerzos para lograr un boleto, pero poco antes de la función debe regresar a su casa alertado por un viejo que lo asusta advirtiéndole que está enfermo. El ardid del hombre tiene la intención de hacerse con el campo del mocoso, que vuelve enseguida para reclamar su puesto, sin éxito, porque el fulano, cómodamente sentado, desconoce su desalmada acción. Veinticuatro años después, aquel niño hecho un hombre y profesional enfrenta al viejo desalmado cuando debía ejecutar una hipoteca a su nombre, en momentos en que aquel está necesitado pidiéndole postergar dicha ejecución. El letrado le da tres días, lapso que el viejo no puede cumplir, debiendo ejecutar el remate. Magón cierra el cuento con la expresión: "¡Para justicias, el tiempo!".

La historia de Costa Rica camina con estas grandes injusticias, algunas oprobiosas, como el fusilamiento de Juan Rafael Mora en 1860, o la inculpación de Félix Arcadio Montero en 1895, maquiavélica. Por lo general, influyen circunstancias políticas, como sucedió con la descalificación de *Mamita Yunai*, en 1940, por el jurado nacional en el concurso internacional Farrar y Rinehart, después que había sido considerada entre las finalistas. ¿Por qué esa decisión insólita? De nuevo: razones políticas. En aquel momento, no hubo justicia para el autor; pero el tiempo pondrá las cosas en su lugar; y *Mamita Yunai* llegará a convertirse en un clásico de la novela costarricense y latinoamericana, por encima de las otras finalistas en aquel desaguisado certamen. A menudo, la justicia no llega ni del cielo ni de la tierra. En nuestro caso, estos errores van moldeando el país, errático. Cuando yo conocí esta historia, me sucedió lo del chiquillo: pedí justicia "para ese mismo instante, para el día de mañana, para dentro de muchos años, pero justicia". La comenté con mis estudiantes en la Universidad Nacional, temeroso de que la olvidaran, porque el costarricense es desmemoriado, decía Mario Alberto Jiménez. Años después, la repasé con un colega que me visitó en Rivas de Pérez Zeledón. Varias veces la he repetido mentalmente, asegurándome que es una deuda que tengo con Calufa, escritor al que admiro y releo. Ahora tengo la oportunidad de escribirla, al celebrarse el centenario de la muerte del insigne líder sindicalista y novelista costarricense¹.

¿Quién era el autor de esta obra? ¿Cómo llegó a la literatura? Carlos Luis Fallas es un hombre leyenda, a pesar

de sus hechos, muy superiores al mito, al punto de haberse echado al hombro a un pueblo. Su vida fue como una novela: dramática, humana y agitada, un mural a la injusticia social de Costa Rica, escrita con elementos de su propia intimidad: fogoso, tierno, aventurero, y mil cosas más. Nació en un barrio pobre de Alajuela, en el Llano, el 21 de enero de 1909, ciudad de abolengo histórico y tierra de Juan Santamaría, otro hombre probado. Calufa



Editorial Costa Rica
San José, Costa Rica

–como le decían de cariño–, leía desde muy joven: Salgari, Verne, Scott, Poe, Conan Doyle, y *El Quijotes*. En respuesta, el sistema educativo lo expulsa de las aulas. ¿Era un chico díscolo? Avispado, digo yo, e hiperactivo. Él, igualmente, tampoco cumple con las tareas y adversa la "pedagogía" dogmática de la época. Atisbos de esta experiencia están en *Marcos Ramírez* (1952), una novela autobiográfica. Más aún: debe trabajar, como lo hacen los niños pobres, a la edad que no tienen edad, empleándose de mecánico en los talleres del Ferrocarril al Pacífico y después como trabajador en los bananales costarricenses. En 1925, viaja al Atlántico para trabajar como cargador de banano, en Puerto Limón. Luego hace de peón, albañil, tractorista, barretero, en la United Fruit Company. Tenía dieciséis años. En la segunda parte de *Mamita Yunai*, recrea esa cruda exigencia del sistema social injusto costarricense. Siendo niño, era ya un hombre.

Pero, ¿cómo llegó a la literatura? Primero que escritor –este personaje real y novelesco–, es un valiente dirigente sindical que organiza la gran huelga bananera de 1934. Se convierte, digamos, en un político por necesidad y convicción. Ricardo Jiménez, presidente, le teme, la policía lo acosa y lo busca sin poderlo encontrar. ¿Acaso no fue condenado en 1933, a un año, un mes y un día de confinamiento en su propia patria por criticar al secretario del Congreso? Ese mismo año, el 22 de mayo, antes de ser inculpado y desterrado, es herido por la policía en una manifestación de desocupados en San José. ¿No fue él uno de los cientos de militantes comunistas, o sospechosos de serlos, encarcelados en el antro inhumano de la Penitenciaría Central como delincuentes? ¿O vamos a seguir repitiendo el mito de Costa Rica como la suiza centroamericana? En Calufa, el político precede al escri-

tor. También es cierto que el literato nace de su vocación política. El embrión de *Mamita Yunai*, esta obra expósita, es fruto de estos dos genes. Nadie encontrará trazos del escritor hasta 1940, el año en que escribe el texto proto-novelístico polémico. Carlos Luis Fallas, novelista, nace -o se hace- al calor de los acontecimientos políticos de 1940. El escritor es un milagro de la sociedad que lo hace sufrir; pero él responde a esa herida con obras literarias: *Mamita Yunai*, 1941, *Gentes y gentecillas*, 1947, *Marcos Ramírez*, 1952, *Mi madrina*, 1954. Y mucha literatura sin literatura.

Víctor Manuel Arroyo habrá de preguntarse una vez: ¿Qué otro escritor costarricense hace obra literaria sin pretenderlo? Su respuesta es notablemente categórica: “Nunca se cuidó de las modas literarias, ni buscó trucos ni recursos refinados para impresionar a los críticos de turno”. Añadía el profesor Arroyo: “Tenía mucho que contar, mucha experiencia humana acumulada, sin la cual las novelas resultan juegos retóricos, de pobre contenido, juegos de burgueses ociosos”². Es una ley de la vida, dice Stefan Zweig. Toda creación “procede sólo de lo que es vivo, de la experiencia personal”. Así Calufa, un escritor apartado de lo académico; él deja claro que no es un intelectual, “afán este en que a veces se le pasaba la mano”, recordaba su amigo Joaquín Gutiérrez. ¿No es sorprendente que él se haya hecho novelista, como otros se hacen mecánicos o zapateros? A la muerte del escritor Jenaro Cardona, decía García Monge: “No es fácil que a un pueblo le nazca un novelista”. El parto literario de Carlos Luis Fallas es otro milagro. Añadía el editor de *Repertorio Americano*: “Hasta puede afirmarse que un novelista es un testimonio de excelencia en la gente que lo produce”. Ese testimonio, en Calufa, lo hallamos entre el grupo de izquierda, al cual se incorpora rápidamente, al lado de otros escritores jóvenes, a quienes les corresponde haber fundado la novela moderna, casi todos en la izquierda o a la izquierda. Pero silenciados en Costa Rica, sobre todo después de 1948, un año clave para entender nuestro desenvolvimiento social, o para decirlo en palabras de Miguel Acuña, cuando “la sicología del costarricense fue desquiciada”³. Este vínculo ideológico los condenó al destierro físico y espiritual, convirtiéndose en una legión de decapitados en la cultura nacional. Calufa recibió el peso de ese silencio, por su compromiso político y su participación al lado de los trabajadores y del partido Comunista. La historia oficial costarricense –ingeniosa en el uso de la ideología– quiso sepultarlo a él y a quienes denunciaron las desigualdades sociales. Tratándose de escritores y activistas políticos de izquierda, ese olvido fue mayúsculo, e intencionado, mutilando la cultura crítica, en beneficio del *letargo* y sus dioses, verdes. Entiendo por qué *Elvira* (1939), novela de Moisés Vincenzi, sería la primera obra llevada al cine en Costa

Rica, en 1955, una expresión del melodrama romántico contemporáneo.

¿Cómo entender, entonces, que Calufa resurja hoy en las letras costarricenses? Él es testimonio de la gente que lo produjo: linderos*, trabajadores explotados, zapateros, obreros, artesanos, educadores, gente de a pie y *piso de tierra*. Bajo este manto común surge Carlos Luis Fallas y la llamada “Generación del 40” (o del agro costarricense), compuesta por escritores que abordaron los problemas de la tierra desde la condición del campesino y el obrero. Adolfo Herrera García fue el primero que denunció la desigualdad social en *Juan Varela* (1939). Una obra que abrió la puerta a otros novelistas, siendo *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas, entre otras, la primera que recreó el fraude electoral en Costa Rica -del que pocos críticos hablan para no lesionar la virginal democracia tica-, al lado del tema de la explotación laboral en las bananeras. Las obras de Adolfo Herrera García, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles, Joaquín Gutiérrez y Edelmira González, debieran figurar entre las mejores de Costa Rica, porque indagaron en las raíces de la desigualdad social y ayudaron desde la literatura a conocer la problemática social, política y económica de nuestro país.

Esta generación surge en la década de 1940, en medio de importantes luchas sociales que lo llevaron a él y a los otros escritores a integrarse al partido Comunista, agrupación opositora que después de fundada, en junio de 1931, activó un anticomunismo en los políticos nacionales, liderados entonces por León Cortés Castro, electo presidente de la República en 1936. La polarización ideológica -derecha e izquierda- tendió a agravarse cuando Rafael Ángel Calderón Guardia (presidente en 1940 por el Partido Republicano Nacional), rompió con esa tradición conservadora apartándose del liderazgo de Cortés Castro, para establecer luego una alianza con el partido Comunista (Vanguardia Popular) y la Iglesia Católica, en setiembre de 1943. ¿No fue hecho, el cisma en el Republicano Nacional, el que produjo la reacción conservadora y el conflicto militar de 1948? Después del vacío que quedara tras la muerte de León Cortés, en 1946, José Figueres Ferrer arrió esa bandera. La guerra civil de 1948 es obra de su grupo que al ver perdidas las posibilidades de obtener el poder legalmente, después de las derrotas sufridas en 1942, 1944 y 1946, conspiró contra los gobiernos legítimos de Rafael Ángel Calderón Guardia (1940-1944) y de Teodoro Picado (1944-1948), hasta provocar el derramamiento de sangre⁴ en 1948, del que Carlos Luis Fallas salvó la vida milagrosamente, perseguido por la reacción carcunda e improvisado “militar durante la guerra civil”, quien “se opuso, arriesgando su vida, al fusilamiento de los reos políticos”, dejándonos un vivo ejemplo de honradez, escribía el profesor Arroyo:

Se metió en las actividades políticas por convicción, sin cálculos mezquinos ni intenciones torcidas.

Ni sus adversarios han podido borrar esta estela, porque la misma gente que lo produjo, el pueblo costarricense, linieros y trabajadores, educadores y zapateros agremiados, hombres y mujeres humildes, lo acompañarán eligiéndolo regidor en 1942, y luego diputado en 1944 por el partido Comunista. Hoy, otras generaciones, en el continente americano, avivan esa trayectoria política y literaria. Y por su puesto, en su país natal, y en su tierra nativa, Alajuela.

2. ARQUITECTURA DE MAMITA YUNAI

Dice el Acta del Jurado, 15 de diciembre de 1940:

Otras que el Jurado no se permite mencionar específicamente si llegasen a publicar alcanzarían éxito merecido.

¿Cuáles eran esas otras? ¿Por qué tanto arcano? ¿Era ese comentario corolario de una decisión desdibujada? *La Razón*, el 12 de diciembre de 1940, adelanta que entre diez autores estará el primer premio. Y da los nombres: Diego Povedano, Raúl Ugalde, Manuel Segura, *Carlos Luis Fallas*, Carlos Orozco, Yolanda Oreamuno, Abelardo Bonilla, José Marín Cañas, León Pacheco y Fabián Dobles. Este mismo periódico, al día siguiente, destaca: 5 AUTORES SELECCIONÓ EL JURADO ANOCHE:

Créese que los autores seleccionados anoche son Abelardo Bonilla, León Pacheco, Yolanda Oreamuno, José Marín Cañas y Carlos Luis Fallas.

El 14 vuelve a informar: "Anoche falló el Jurado", y adelanta que de estos cinco nombres se habría escogido dos: el primer premio y una recomendación. Carlos Luis Fallas continúa entre los autores recapitulados. El día del veredicto, *La Tribuna* destaca las fotografías de los posibles ganadores: León Pacheco, Abelardo Bonilla, José Marín Cañas, *Carlos Luis Fallas* y Yolanda Oreamuno. Y por la noche, en un acto solemne en el Teatro Nacional, el jurado anuncia su dictamen: Primer premio, tres obras: *Por tierra firme*, de Yolanda Oreamuno, *Aguas turbias*, de Fabián Dobles y *Pedro Arnáez*, de José Marín Cañas. Además, otorga dos recomendaciones: *Valle nublado*, de Abelardo Bonilla y *11 grados latitud norte*, de León Pacheco⁵. Es una decisión salomónica. Los galardonados son los mismos que la prensa ha venido divulgando, salvo el nombre de Carlos Luis. ¿Por qué no aparece? Marielos Aguilar recuerda: "Fallas no obtuvo ni siquiera una mención de parte del Jurado". ¿Hubo una vuelta de tuerca? La novela de Calufa quedó expósita. De *Mamita Yunai*, se puede decir que recibió el espaldarazo, quizá, por ser demasiado buena. Si hubiera sido premiada en Costa Rica, tenía altas posibilidades de ganar en Estados Unidos, si

atendemos a la que obtuvo el galardón: *El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría, novela indigenista.

¿Qué llevó al jurado a expulsar a *Mamita Yunai*? Al parecer no era virgen, "por no ser inédita", dijo García Monge. Cargaba sobre su lomo, esa mácula. ¿Había sido publicada anteriormente? El autor había viajado como miembro del Bloque de Obreros y Campesinos, a la mesa en Amubre, Talamanca, para las elecciones de febrero de 1940, en las que se enfrentaban dos partidos: el Republicano Nacional, que llevaba como candidato al Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, y el Bloque de Obreros y Campesinos, liderado por Manuel Mora, fundador del partido Comunista⁶. Esta crónica del viaje a Amure, en Talamanca, la publicó por entregas en el periódico del partido Comunista, *Trabajo*, con el título de "LA FARSA EN LAS ÚLTIMAS ELECCIONES DE TALAMANCA. Lo que vio y ocurrió al fiscal del Bloque de Obreros y Campesinos en las últimas elecciones", tal como sigue:

I, II, 16 y 30 de marzo de 1940

III, IV, V, sin No., 6, 18, 20 y 27 de abril

VII, VIII, sin No., IX, 4, 11, 18, 25 de mayo

X, XI, XII, XIII, el 1, 8, 15, 22, 29 de junio

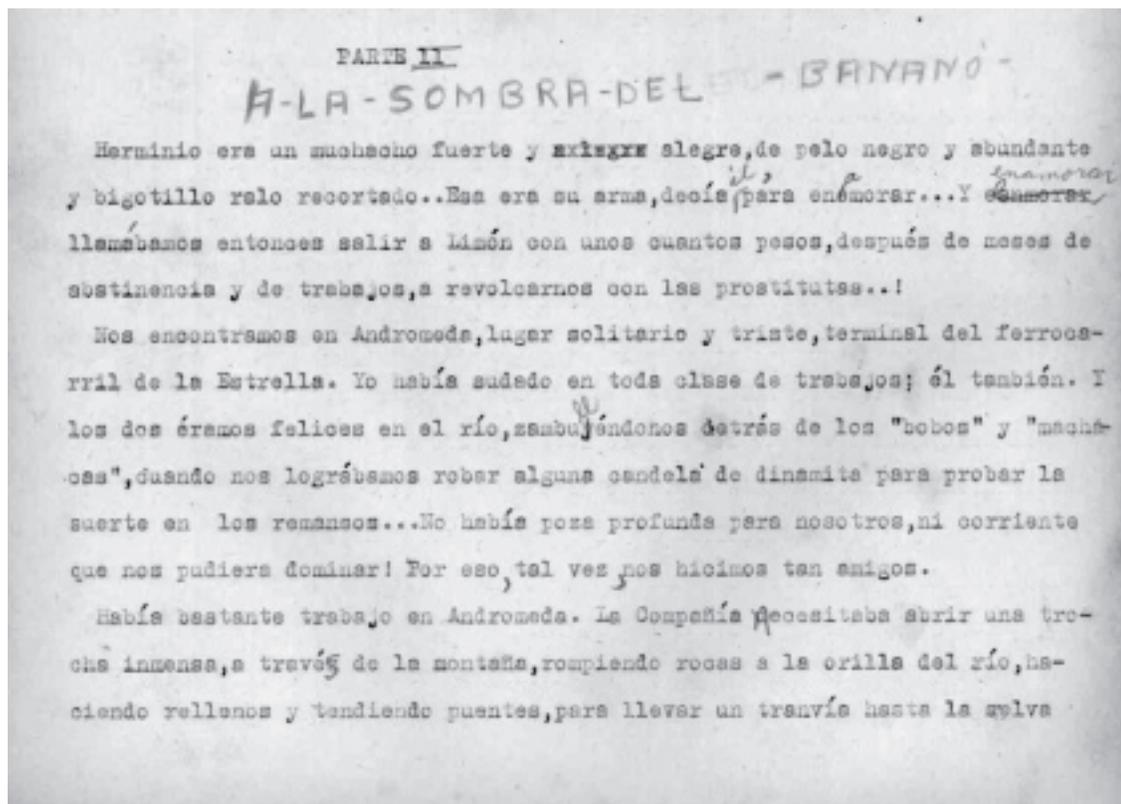
XIV, XV, XVI, 6, 13, 27 de julio

XVIII, XIX, XX, 10, 24, 31 de agosto

XXI, 7 de setiembre. Final

Si atendemos a lo que dijera García Monge, en el sentido que "había sido omitida por no ser inédita"⁷, esa decisión era impropia, porque la crónica publicada abarcaba un tercio de la obra. Más aún: ¿Por qué echaron marcha atrás hasta el final, como pareciera que así sucedió? En la crónica, lo mismo que en la novela, el personaje "Sibajita" viaja desde Limón, La Estrella, hasta Amure y comprueba el fraude electoral a favor de Calderón Guardia, el candidato oficial, respaldado por el capital, el gobierno y la iglesia. Estos hechos son narrados en "Politiquería en el Tisingal de la leyenda" (Primera parte). Hay una correspondencia entre el párrafo al final de la crónica y el de la novela, y termina en ambos con una reflexión moralista⁸:

Así viven y mueren los indios, como alimañas inmundas, olvidados de Dios y del Estado. Sólo en las épocas electorales recobran, para el gobierno, su condición de hombres y ciudadanos: cuando se necesitan sus votos para fabricar munícipes y diputados oficiales. Entonces autoridades y políticos visitan al indio, le hacen fiesta y lo emborrachan y le dan tabaco para adormecerlo y para engañarlo. Y para otra cosa también: para terminar dejándole, en pago de su voto, el embrutecimiento del alcohol



Mamita Yunai (versión mecanografiada de la Biblioteca Nacional) 1941. parte II, pp. 90-127. (Imagen en pdf, tomada de la Biblioteca Digital <http://www.sinabi.go.cr/Biblioteca%20Digita>)

en el alma, el amargor del tabaco en la garganta y la mujer preñada en el rancho.

Claudio Bogantes asegura que Carmen Lyra -una mujer feílla pero con un encanto particular, decía Joaquín Gutiérrez-, le "ayudó a Fallas a transformarlo en un texto para ser publicado en el periódico", después que él mismo le contara los detalles del viaje y sus peripecias.

Y ella se indignaba unas veces, y otras se reía. Y me hizo escribirlo. Pero así como se lo dije a ella. Así mismo. Y empezamos a publicarlo en el periódico. Pero, fíjese, yo no estaba haciendo una novela⁹.

La autora de los *Cuentos de mi tía Panchita* había publicado en 1931, *Bananos y hombres*, el primer texto narrativo costarricense en donde denunciaba la problemática social generada por la presencia de la United Fruit Company en Costa Rica. Pudo orientar a su amigo con propiedad, y posiblemente trabajó con él en la arquitectura de la novela. Hay quien dice que hasta le sugirió el título. Todo esto tiene lógica. Había entre ambos una complicidad encantadora: literatura y política. Es correcto afirmar, como lo hace Abelardo Bonilla, que *Mamita Yunai* "fue la ampliación de una serie de crónicas escritas

en el órgano comunista Trabajo sobre una misión electoral que cumplió en la región de Talamanca".

En setiembre de 1940, y quizá desde mediados de ese año -la novela está firmada en noviembre-, Carlos Luis Fallas amplió esa crónica para participar en el concurso a la mejor novela latinoamericana organizado por la casa editora Farrar & Rinehart, en cooperación con la revista *Redbook Magazine*, ambas de Nueva York, y de la editorial Nicholson & Watson de Londres. El certamen internacional obligaba a cada país a seleccionar la mejor novela para enviarla a Estados Unidos, en donde estaba la sede. Para ese propósito, Calufa integró a la crónica del viaje, la historia de Meléndez, amigo de Sibajita y simpatizante del partido Comunista, asesinado por el Chiricano, un mandador de la Compañía y prófugo de la justicia, medio brujo, amancebado con una india que "se hacía temer y respetar de todos", menos de Meléndez, que se hizo aborrecer por aquél. La muerte de Meléndez en el Tuntún está descrita con gran crudeza, Leví la cuenta al regreso de la mesa de Amure, cuando ellos llegan a Chasse. Según la historia insertada, en este mismo lugar, el agente de policía de Talamanca, Leví, arresta al indio Pedro Jiménez, quien confiesa el crimen perpetrado en-

tre el negro José Thomas, medio hechicero, él mismo, a instancias del Chiricano, y éste, quienes en una escena macabra beben la sangre del cuerpo de Meléndez.

El autor añadió otro relato, el del renco Eulogio Ramírez, que asesinó a míster Charles Reed, un gringo administrador de la finca Joncrique. Leví la relata mientras descansan en Chasse. Al parecer, Ramírez salió de Guanacaste para los bananales del Atlántico, en donde se vio obligado a asesinar al gringo, un hombre pendejero y grosero, después que éste intentara violar a su esposa Florita. Llegó huyendo de la justicia a Talamanca alojándose en el rancho de Matatigres, quien le avisa a Leví por intermedio del indio apodado el "Pizote". El agente de Talamanca arresta al prófugo en donde el nica Miguel y le hace ver, mediante una treta, que el americano no había muerto, asegurándole que saldría bien librado de la justicia; con lo cual buscaba apaciguar la supuesta violencia del renco para entregarlo luego al resguardo. Lógicamente, Ramírez, cuando advirtió la mala jugada del agente, juró vengarse. Al final, el renco se sacará el clavo, en Sixaola, en donde encuentra a Leví diciéndole que había sido absuelto, después de contratar un buen abogado, y que andaba celebrando su libertad. Pero no hay tal, anda huyendo porque se ha fugado de San Lucas. Allí mismo le da un par de trompadas escapando con sus amigos. "¡Engaño por engaño!", dice el narrador.

Estas dos historias, 40 páginas, no están publicadas en la crónica del viaje del periódico *Trabajo*. ¿Cuándo escribió Carlos Luis Fallas estos textos, casi otro tercio? ¿Los produjo en aquel momento cuando estaba pariendo como hembra? ¿Los escribió simultáneamente? ¿Estaba acelerado por el estímulo de su amiga que "me lo hizo escribir"? ¿Había descubierto su vena literaria y el don de narrador? Al finalizar la primera parte, sucede el encuentro entre Sibajita y el cabo Lencho, que lo invita a su rancho topándose allí con Herminio, compañero liniero con quien había trabajado hacía catorce años. Este hecho da pie para narrar a "A la sombra del banano", PARTE SEGUNDA (texto inédito de 90 páginas), en donde Sibajita cuenta la vida miserable que llevaron los trabajadores del banano en Costa Rica —la experiencia suya y la de sus compañeros: Herminio, Calero, el cabo Lencho—, hechos que sucedieron en 1926, cuando Fallas tenía 19 años y laboró en el Atlántico. Completa la novela, una TERCERA PARTE, a modo de epílogo, "En la brecha" (seis páginas inéditas) que inicia así:

Suspiré recordando aquellos tiempos amargos. Ahora tenía por delante a un Herminio que apenas era una sombra del otro. ¿Cuántos años habría estado en el presidio?

En este capítulo, el narrador regresa al diálogo que sostenía Sibajita, el protagonista, con Herminio (al final de la parte primera). Entonces, ambos, se cuentan lo que había sucedido después que abandonaron la compañía frutera.

La arquitectura de la novela en su primera edición, 1941, contiene estas tres partes: "Politiquería en el tisingal de la leyenda" (presente de la narración), "A la sombra del banano" (Pasado), "En la brecha" (vuelta al presente). El autor agregó una cuarta parte en la edición mexicana de 1957, con el título de "La gran huelga bananera del Atlántico de 1934", que contiene un discurso que él pronunció en la Asamblea de Solidaridad con los huelguistas de Puerto González Víquez, celebrada en San José el 18 de setiembre de 1955. Esta decisión no fue acertada, a mi modo de ver, y más bien le dio armas a sus adversarios para calificar la novela de panfletaria. Lo bueno de esta edición es la carátula y las ilustraciones de Alberto Beltrán, y la reproducción a todo color del cuadro del pintor mexicano Diego Rivera titulado "Gloriosa victoria". Una hermosa ilustración que le dio brillo a la obra, como años después se la dará el poeta Pablo Neruda, en 1950.

Carlos Luis Fallas corrió para ensamblar todo el conjunto. El concurso era atractivo. Era internacional, había una eliminación nacional, y el premio tenía la atractiva suma de 2 500 (dos mil quinientos) dólares más 4 000 (cuatro mil) por derechos consiguientes. Más aún: el club del Libro argentino indicó su interés en adquirir los derechos de edición de todas las novelas americanas que se presentaran en los distintos concursos de cada país¹⁰. Farrar & Rinehart comisionó a la Asociación de Escritores y Artistas de Costa Rica, responsable de la eliminación nacional, la que estableció el jurado compuesto por Roberto Brenes Mesén, poeta, ensayista y lingüista, Joaquín García Monge, escritor y editor de *Repertorio Americano*, Marcos Zumbado, secretario de la asociación y también del jurado, Rogelio Sotela, poeta y crítico, y Alejandro Alvarado Quirós, ensayista y escritor de garbo fino. Pero la designación era extraña, o al menos impropia, para algunos miembros: Brenes Mesén, por ejemplo, había regresado al país a mediados de 1939, después de vivir veinte años en Estados Unidos, y tomó un protagonismo insólito y atrevido, ubicándose a la derecha del espectro político¹¹. Alvarado Quirós, otro integrante, había sido nombrado rector de la Universidad de Costa Rica, y era un hombre cultísimo, formado en Europa, defensor de la tesis cosmopolita y antinacionalista en literatura. Para el citado concurso estaba ausente del país, según consta en el Acta:

Aunque en las deliberaciones finales del jurado no se halló presente el Lic. Alvarado Quirós, miembro

del tribunal, en carta personal consignó su voto favorable a estas dos novelas: *Por tierra firme* y *Aguas turbias*, dentro de las obras que llegó a leer.

Esto significa que no leyó todas las finalistas o no todas las recibidas¹². Rogelio Sotela, permisible demasiado, como crítico era muy ancho, y pecó de blando, como los otros miembros (debilidad o defecto que Francisco Villalobos había señalado en 1925). Marcos Zumbado estaba para la secretaría, y nada más. El único del jurado, nada extraño ni postizo, era García Monge, quien desde su revista *Repertorio Americano* impulsaba las letras en Costa Rica y América. Pero, lamentablemente, cayó en la vendimia de sus colegas. La tintura del jurado es una pieza clave para comprender lo que sucedió, y mirar cómo “por razones especiales”, eso dijo Brenes Mesén, no se consideró la novela de Fallas. Esas razones eran políticas. La novela y el autor estaban emparentados con el partido Comunista. No hay vuelta de hoja, a pesar que García Monge le explicara a Fabián Dobles que *Mamita Yunai* “había sido omitida por no ser inédita”. ¿Guardó el maestro demasiado respeto a su concullo, el poeta, corifeo de la reacción? ¿No quería ser piedra de escándalo al respaldar una novela política? ¿Fue el suyo un “silencio obligado”, como escribiera en otra ocasión? Así parece. ¿Actuó sombreado por sus colegas? Me cuesta creerlo. García Monge reconoció que la “decisión de este tribunal en el presente concurso, reflejaba la lucha política del momento”¹³. *Mamita Yunai* será una víctima de las “razones políticas” que han imperado en Costa Rica desde el siglo XIX, impulsadas por el grupo *blanqueador de ideas*, los macartistas costarricenses.

En Costa Rica llegaron 18 novelas, algo sorprendente para la época en un país que carecía de tradición literaria. El concurso servirá para que surja la famosa “Generación del 40”, que vista en retrospectiva será la fundadora de la novelística moderna nacional. Casi todos los escritores tenían menos de 40 años. Estas son las concursantes:

1. SayrÍ, Diego Povedano
2. Valle nublado, Abelardo Bonilla
3. Pedro Arnáez, José Marín Cañas
4. 11 grados latitud norte, León Pacheco
5. Doña Aldea, Manuel Segura
6. Por tierra firme, Yolanda Oreamuno
7. Aguas turbias, Fabián Dobles
8. Valiente y encantadora muchacha, Raúl Ugalde
9. 1 de noviembre o caída del Dr. Castro, José Orozco Castro
10. Mamita Yunai, Carlos Luis Fallas
11. Obsidiana, José Mario Saravia
12. Diana de Molvan, Caridad S. de Robles
13. Marcelo y Eugenio, Rafael Merino
14. Alma, Rosalía de Muñoz

15. El favorito, José A. Salas

16. Una orquídea en el océano, Ariosto García

17. Flora, Sara de Ernest

18. Papá era mío (humorista), Víctor M. Castro Luján

En general, los escritores eran desconocidos, y casi ninguno como novelista, salvo Diego Povedano que en 1929 había publicado *Arausi*, de tema precolombino, y Marín Cañas, novelista consumado. El concurso fue un estímulo para la mayoría. De plano, quedaron eliminadas dos novelas al no completar la extensión. Las restantes entraron en escena, y después de la lectura respectiva, dudo que se hiciera concienzudamente, el número se redujo a las finalistas: Abelardo Bonilla, León Pacheco, José Marín Cañas, Yolanda Oreamuno y Carlos Luis Fallas. Pero en último momento, debió descalificarse a *Mamita Yunai*, “por no ser inédita”. En la casa de Brenes Mesén, el 11 de diciembre, el jurado recapituló sobre la decisión final. Marco Zumbado declaró que “Nos fue imposible la singularización”, o sea, que no hubo acuerdo sobre la mejor novela. Ese fallo lo llevaron al Teatro Nacional, el 15 de diciembre de 1940, y causó un gran estupor nacional. Votaron en forma unánime, amparados en la cláusula 9:

*La decisión de los jurados en materia de legibilidad, interpretación o modificación de las reglas del concurso, para adaptarse a circunstancias imprevistas, será aceptada como final y valedero por las partes interesadas*¹⁴.

El 1 de febrero de 1941 las novelas debían estar en el poder del jurado internacional, en Nueva York, compuesto por John Dos Passos, novelista social y crítico radical de su país, Ernesto Montenegro, escritor y periodista chileno y Blair Niles, novelista y escritora reputada en Norteamérica. El resultado se daría el 1 de marzo en Nueva York. En Costa Rica, el país de los nublados, la cosa se calentó, después que Yolanda Oreamuno, mujer de talento singular, renunció al premio exhortando a sus colegas a hacer lo mismo y presionar al jurado para que “singularizara”. Ella misma, sorprendida, consultó el valedicto con amigos suyos, y ellos le dijeron

*que ello era fiel retrato de la famosísima Ley de la Ambulancia, que hace más de un siglo dispuso, para quedar bien con todo el mundo, la rotación de la capital de la República de una a otra de las principales ciudades del país*¹⁵.

Fabián Dobles y José Marín Cañas, los otros dos premiados, no secundaron a su colega indignada. Entonces ella les pidió “a los que aquí organizaron el concurso, me tengan por separado de él”. Al parecer, retiró dos ejemplares de su libro bajo el pretexto de “hacerles las correcciones”. Sus declaraciones a la prensa son francas y diáfanas. Aunque la unía una gran amistad con García

Monge, dijo “no colaborar en una acción típicamente costarricense en la que, teniéndose que decidir, no se decidió nada concreto”. Fue más allá

No quiero que vean en mi actitud arrogancias y resquemores; nunca he podido soportar esa sutilísima manera que existe en Costa Rica de ‘buscarle la comba al palo’ (...). Me permito felicitar al jurado por el talento demostrado para no disgustar a ninguno de los concursantes (...). Es ya un mal endémico en Costa Rica eso de eludir los problemas. Quizás sea este el punto más grave de la cuestión social en nuestro país¹⁶.

Marcos Zumbado, secretario del jurado, hizo de bombero señalando que la cláusula del contrato impide renuncia o retiro de originales que son propiedad de dichas editoriales mientras no se produzca el fallo final. Para ganar tiempo, o evitar más problemas, Zumbado aseguró, el 20 de diciembre, que “Toda la documentación había sido despachada”, dando a entender que la carta de renuncia de la escritora había llegado tarde, a pesar que tenía fecha del 19 de ese mismo mes. Del abigarrado desenlace, las palabras de García Monge son elocuentes, al responderle a un periodista:

Nada tengo que decir sobre este particular. No deseo saber nada sobre el asunto. El fallo fue dado, lo he firmado y creo que he llenado mi deber. Para mí, esta cuestión está liquidada¹⁷.

¿Asunto liquidado? ¿Quién habla así, sino una persona molesta con algo o alguien? Un día después del fallo, Roberto Brenes Mesén, líder del jurado (y voz incendiaria que había pronunciado a mediados de 1939: “Yo soy una llama, yo soy un fuego”¹⁸), dijo a la radio que “por razones especiales” no se había considerado como novela *Mamita Yunai*. Esas razones eran políticas, contra la izquierda. La represión política tendrá tintes de limpieza después del 48, cuando los “revolucionarios” asalten el poder y anulen el idealismo social efectivo de izquierda o fuera de ella, combatiendo, como escribiera Yolanda Oreamuno en 1938, “cualquier peligroso valor que en un momento dado conmueva o pueda conmover nuestro quietismo”.

Descalificada *Mamita Yunai*, el autor la publicó en 1941, por cuenta propia o con ayuda del partido. La solidaridad no es un pecado, al menos entre humanos. El partido Comunista le hará a Calufa un homenaje por la publicación de su novela, el 28 de julio de 1941. Las otras finalistas corrieron detrás de aquella: en 1942, vio la luz *Pedro Arnáez*; en 1943, *Agua turbia*, de Fabián Dobles; en 1944, *Valle nublado*, de Abelardo Bonilla. La de Yolanda Oreamuno entró en el limbo literario, extraviándose como una niña expósita. La de León Pacheco

fue rebautizada con el título de *Los pantanos del infierno*, y editada en 1974. Mientras tanto *Mamita Yunai* corrió por el mundo saltando fronteras, América y Europa. Tuvo traducciones, como ninguna otra novela costarricense: rumano, 1949, ruso, 1952, 57, 62, búlgaro, 1955, polaco, 1953, eslovaco, 1954, húngaro 1955, chino, 1959, alemán, 1961, francesa, 1961, 1964, chilena, 1949, 1972, argentina, 1956, cubana, 1960, 61, 75. Más aún: atrajo la atención del Ché Guevara que le hizo una reseña¹⁹, posiblemente en 1953. En ese ascenso, libre, dejando su pasado expósito, sería empujada por los versos del poeta Pablo Neruda

No te conozco. En las páginas de Fallas leí tu vida, gigante oscuro, niño golpeado, harapiento y errante.

De aquellas páginas vuelan tu risa y las canciones entre los bananeros, en el barro sombrío, la lluvia y el sudor. Qué vida la de los nuestros, qué alegrías segadas, qué fuerzas destruidas por la comida innoble, qué cantos derribados por la vivienda rota, qué poderes del hombre deshechos por el hombre!

Pero cambiaremos la tierra. No irá tu sombra alegre de charco en charco hacia la muerte desnuda. Cambiaremos, uniendo tu mano con la mía, la noche que te cubre con su bóveda verde.

(Las manos de los muertos que cayeron con estas y otras manos que construyen están selladas como las alturas andinas con la profundidad de su hierro enterrado)

Cambiaremos la vida para que tu linaje sobreviva y construya su luz organizada¹⁹.

¿Qué otra novela costarricense ha recibido semejante elogio? ¿Razones políticas? Más que eso: forma parte de la continuidad de la cultura creada, la de América, en palabras de Carlos Fuentes. Otro escritor, recientemente fallecido, Mario Benedetti, en un libro conmemorativo, *Nuestra América contra el V centenario*, refiriéndose a la mirada equivocada que tienen los europeos de nuestros países, recuerda que

Esas masas explotadas, asediadas y famélicas jamás han oído hablar de Marx ni de Lenin, pero sí en cambio conocen de memoria a la United Fruit Company (la Mamita Yunai denunciada en 1941 por el novelista costarricense Carlos Luis Fallas).

Calufa recibió de la Fundación Faulkner, Estados Unidos, el “Premio Iberoamericano de novela” por su obra *Marcos Ramírez*, en 1962. En Costa Rica, país cicatero y a la saga, le otorgaron el “Premio Nacional de Cultura

Magón”, 1965, un año antes de morir, y Benemérito de la Patria, acuerdo de la Asamblea Legislativa del 14 de noviembre de 1977. El escritor chileno César Godoy Urrutia lo compara con Miguel Ángel Asturias. No es poca la semejanza, pero el costarricense se adelantó al chapín en denunciar la vida en las zonas bananeras y al imperialismo yanqui. La trilogía de Asturias sobre las bananeras, *Viento fuerte*, *El papá verde* y *Los ojos de los enterrados*, son posteriores a *Mamita Yunai*. Hay que convenir, como lo hace Víctor Manuel Arroyo, en que

Si como novelista las páginas de Fallas no han sido superadas en cuento a su fuerza y riqueza expresiva, como hombre fue ejemplar.

Esa conducta contrasta con el marasmo de nuestra sociabilidad, hija del momento político, ya fosilizado, maestro en “*alimentar la etérea inconsciencia nacional*”, como decía Enrique Macaya Lahmann de Ricardo Jiménez. De esa personalidad, una mezcla de idealismo y realidades, sobresale su “*inquebrantable decisión de luchar para acabar con las injusticias sociales*”, como anotaba el profesor Víctor Arroyo, a quien le debemos esa mirada justa y exacta del gran escritor costarricense

Pocos hombres como Carlos Luis Fallas pueden mostrar una vida más limpia y más honrada, que salió victoriosa de todas las pruebas.

Es el deber de nosotros, sus compatriotas, seguir su huella y exorcizarlo del canon oficial. De Carlos Luis Fallas, podríamos decir lo mismo que escribió Alejandro Alvarado Quirós de Aquileo J. Echeverría, nuestro poeta: “*Su nombre es un escudo protector, y desde luego me pongo bajo el amparo que debe prestarme, al conjurarlo, su buena sombra*”.

NOTAS

- ¹ Este centenario trajo un artículo descosido y tendencioso de Iván Molina, “Construir un escritor”, *La Nación*, 18 de enero del 2009. Afortunadamente recibió la respuesta adecuada de Gerardo Trejos, “El centenario de Carlos Luis Fallas”, *La Nación*, 20 de enero del 2009.
- ² *Carlos Luis Fallas*, presentado por Víctor Manuel Arroyo, San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1973, pág. 53.
- ³ Después de 1940, los opositores al expresidente Rafael Calderón Guardia y Teodoro Picado alentaron un campaña venenosa que sembraron por toda la nación. Ese odio, estimulado a través de la prensa y con hechos sangrientos, será el caldo para los gestores de la revolución de 1948. Pero aquello no fue una REVOLUCIÓN. Como escribe Miguel Acuña, citando a Teodoro Picado, el presidente capitulado en 1948: “Los costarricenses somos incapaces de hacer una revolución”. Y añadía

el historiador: “Picado tiene razón. Lo que no sabe el Presidente es que la Revolución vendrá de afuera”. Esa guerra civil tuvo el carácter de INVASIÓN. La izquierda y los sectores populares serán las víctimas de los “revolucionarios”. El 48 lo resumo así: ERA UN RÉGIMEN DE DERECHA QUE PASABA POR DE IZQUIERDA. Y APARENTABA SER DE IZQUIERDA CUANDO ERA DE DERECHA.

- * Trabajadores de la línea del ferrocarril.
- ⁴ Como hay una historia oficial enorme escrita por los vencedores, remito a un libro independiente, Miguel Acuña, *El 48* (Litografía e Imprenta LIL, 1990). Una perla en el muladar.
- ⁵ El fallo supuso la descalificación de Costa Rica. Alberto Cañas señala: “es claro: el jurado internacional descalificó la participación costarricense”. Refuerza su tesis con este comentario: “Marín, según él mismo me lo contó alguna vez, engomó las páginas de su manuscrito, de suerte que cuando la recibió de vuelta con las páginas sin desengomar, pudo constatar que en Nueva York no lo habían leído”, *80 años no es nada*, (Editorial Universidad de Costa Rica, 2006), pág. 118.
- ⁶ En realidad, eran tres los candidatos: el Dr. Calderón Guardia, del Republicano Nacional, Manuel Mora del Bloque de Obreros y Campesinos y el partido Confraternidad Guanacasteca con Virgilio Salazar Leiva de candidato. El primero obtuvo 90.005 votos para un 84%, el segundo, 11.001, para un 10%, y el tercero 6.860 para un 6%. Véase Eduardo Oconitrillo, *Los grandes perdedores* (Semblanza de dieciocho políticos costarricenses), Editorial Costa Rica, 2000, págs. 232-233.
- ⁷ *La Prensa Libre*, 16 de diciembre d 1940.
- ⁸ Esa correspondencia no siempre es idéntica entre el texto de la crónica y el la novela. En la edición mexicana de 1957 -la que yo uso-, el texto total de la crónica corresponde a una tercera parte de la novela, página 68. La obra tiene 203 folios, sin contar la IV parte, inexistente en la primera edición de 1941, la misma que se presentó al concurso. Si atendemos a lo que le dijera Joaquín García Monge a Fabián Dobles, uno de los finalistas, según cuenta Guillermo Castro Robles en su Tesis, “éste le explicó que *Mamita Yunai* había sido omitida por no ser inédita”, esa decisión estaría viciada de nulidad.
- ⁹ Esto desecha la idea del informe, tan cacareado entre los críticos. Claudio Bogantes, *La narrativa social-realista en Costa Rica, 1900-1950*, Denmark, Aarhus University Press, 1990, pág.195. Eso lo contó Fallas en una entrevista que luego apareció como prólogo a la

edición de *Mamita Yunai*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, en 1975.

¹⁰ *La Tribuna*, 19 de mayo y 28 de julio de 1940.

¹¹ Brenes Mesén tuvo la osadía de visitar al presidente Juan José Arévalo de Guatemala, en 1947, ignoro si por su voluntad propia o por encargo, para hablarle bien de Figueres. En palabras de Juan José Arévalo, el poeta "Quería colaboración con el propósito de oponerse al régimen de la época que estaba infiltrado por el comunismo". Lo cuenta Miguel Acuña en su libro *El 48*, apoyándose en unas declaraciones del expresidente guatemalteco al *Diario de Costa Rica*, el 31 de enero de 1972. Roberto Brenes Mesén pasó de un anarquismo juvenil a vocero del conservadurismo en sus años finales. Otros escritores modernistas en América, como él, padecieron la misma resaca. El caso Leopoldo Lugones lo atestigua.

¹² *La Hora*, 16 de diciembre de 1940.

¹³ *Trabajo*, 21 de diciembre de 1940.

¹⁴ *La Prensa Libre*, 17 de diciembre de 1940.

¹⁵ *Diario de Costa Rica*, 17 de diciembre de 1940.

¹⁶ *La Tribuna*, 17 de diciembre de 1940.

¹⁷ *La Prensa Libre*, 17 de diciembre de 1940.

¹⁸ Citado por Alberto Cañas, *80 años no es nada*, Editorial Universidad de Costa Rica, 2006, pág. 671

¹⁹ Publicada en *La Jiribilla*, revista de cultura cubana, año IV, 6 al 12 de octubre del 2007.

¹⁹ "Calero, trabajador del banano" (Costa Rica, 1940). *Canto General*, México, Ediciones Océano, 1952. VIII, La tierra se llama Juan, XV.